

natal, sin querer salir de ella, lo hizo un provinciano ajeno a todas las alharacas cortesanas, era espíritu modesto, que es también elegancia de espíritu. Artista sincero en todo no se doblegó en sus principios y rehusó arrastrarse detrás de unos fantasmones que imbuídos en la supremacía del momento pasean su importancia por las calles de la Corte y rechazó todas las proposiciones de residencia en Madrid, por la satisfacción de vivir—y morir—entre sus paisanos. El sabía que su gesto le restaba la fama transitoria del personaje de moda, pero tenía la seguridad de su arte genial. El cariño a su patria chica, huidizo de ese mundo de «mundología» que es hipocresía y vanidad encubierta, le ha perjudicado a la hora de su muerte restándole la popularidad periodística que su arte magnífico merecía.

Covarsí, extremeño, era como nosotros: sano de alma, de afectos sinceros, sin malquerencias ruines ni halagos hipócritas; por eso su muerte, inadvertida para los demás, nosotros la lloramos con lágrimas vivas que han vertido nuestros ojos rojos por el llanto y la han sentido nuestros pechos atezados por el dolor. No te importe, maestro Adelardo. Tú eras nuestro en vida, porque no quisiste abandonarnos despreciando, inclusive, la popularidad, y eres nuestro en la muerte porque cada extremeño tenemos un hueco en nuestros pechos para conservar tu recuerdo. Después... el tiempo que es el que hace justicia tiene reservado a tu arte eximio el puesto que en la historia te corresponde.

ENRIQUE SANSINENA ARAGÜETE



DON GUTIERRE DE SOTOMAYOR

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Primer volumen de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Historia), publicado por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

¿MÉRIDA CONTRA "EMÉRITA AUGUSTA"?

(Apostillas a un artículo de Posac Mon)

CON el asombro que produce lo insospechado y lo injusto conocemos, al leer en la revista literaria «ALCANTARA», un artículo firmado por Carlos F. Posac Mon, «la condena de oprobio», «el anatema de salvajes», «el estigma de vándalos»—y aun le parecen flojos los epítetos a Posac—que arrojaron olímpicamente sobre todo el pueblo de Mérida, sobre los 30.000 habitantes de Mérida, los señores reunidos en el II Congreso Nacional de Arqueología.

Dudamos de que la condena, si existió—hasta ahora, acaso por no agriar la cuestión, nada dijo el arqueólogo que asistió al Congreso, con «beca» del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad—estuviera concebida en los términos de acritud y dureza que le parecen débiles a Posac. Porque ciertamente, no es «propio de personas ecuanímes» intentar poner remedio a nada exacerbando los ánimos con insultos soeces. Pero, en fin, puesto que así lo afirma el articulista, démoslo por cierto. Y ya que es él quien da aires de publicidad, estado público, al asunto con su artículo, vamos a poner, sin ánimos de polémica—que no hemos provocado, pero que no rehuimos—unas apostillas a éste, para esclarecer el «delito de alta traición» de que se nos acusa. Porque el «delito» existe, un delito de lesa humanidad, sólo que a la inversa: un delito perpetrado contra el inerme pueblo de Mérida por quien sea, escudándose en la Arqueología. No quisiéramos perder la ecuanimidad nosotros, poniéndonos al nivel de Posac Mon. Confesamos que es difícil refrenar la pluma, cuando ésta se mueve a impulsos de la indignación provocada por la injusticia.

* * *

Digamos previamente que es preciso vivir de espaldas a la realidad, tener los ojos cegados «por el polvo de los siglos» para tildar de «salvaje»—«necio e inculto en grado sumo»—a una ciudad en la cual, sin remontarnos más atrás, solamente en el período que va de Febrero a Junio del corriente año han tenido lugar los siguientes actos de cultura: «Bodas de Oro» del «Liceo de Mérida»—la benemérita Sociedad que, en cincuenta años de existencia ha sabido ser hogar, cobijo e impulsora de todo movimiento científico, literario o artístico de Extremadura, por cuya tribuna prestigiosísima desfilaron, con cuantos extremeños destacaron en cualquier orden de la cultura, numerosas figuras de prestigio nacional—que dedicó una semana entera a las cosas del espíritu, con charlas sobre el pasado emeritense, conciertos de música polifónica a cargo de una agrupación

ción madrileña, de música folklórica por los «Coros y Danzas» de la S. Femenina de Badajoz; con charlas de arte sobre las escuelas de pintura en boga desde principios de siglo, o de crítica, desarrollada ésta por un licenciado en Filosofía y Letras—el señor Arévalo—, a quien suponemos capaz de «tenérselas tiesas» con Posac en cuestiones arqueológicas; con funciones de su agrupación lírico-dramática, en las que se rindió, con toda dignidad, homenaje a nuestra zarzuela vieja; con una fiesta literaria en la cual intervinieron una veintena de poetas y escritores, no inéditos por cierto, nacidos en Mérida o que en ella residen; que organizó una exposición de arte, visitadísima y magníficamente instalada—no lo decimos nosotros sino la prensa regional—en la que figuraron más de un centenar de obras de artistas tan prestigiosos como Hermoso, Covarsí, María Revenga, Amador, Tinoco, Torrado, Blanch, Corrales Egea, Lobo, Palencia, Martínez, etc., etc.; y cierra la semana con un magno concierto, nada menos que del maestro Cubiles—José Cubiles, recién llegado a España tras sus brillantes éxitos en París—y con una conferencia explicada, nada menos también, por el entonces Director General de Bellas Artes, señor Marqués de Lozoya. Que cuando no se había extinguido el eco de estos actos—tuvieron resonancia, no ya en la prensa y radio regionales, sino en la nacional—organiza otro ciclo cultural en la primavera, en el cual intervienen el escritor Arturo Gazul; los ingenieros Carrillo y Luqués sobre temas económicos del momento; el escritor pacense señor Cienfuegos Linares con un tema de alta cultura y el señor Sánchez Malo, Gobernador Civil de Cáceres, sobre el problema de las Hurdes; en el que se celebran conciertos de música clásica, recitales de poesía—uno de poesías de Chamizo por su mejor intérprete Demetrio Barrero; otro de los poetas emeritenses Félix Valverde Grimaldi y Baldomero Díaz de Entresotos—y se cierra con otro gran concierto de Cubiles—Cubiles dos veces en Mérida, en tres meses—. Paralelamente a esto Corrales Egea celebra una exposición de treinta y tantos retratos, el Instituto de Enseñanza Media organiza una Fiesta del Libro extraordinaria, con visita al Museo, charla en él del catedrático López Martínez, exposición de libros y fiesta literaria exaltadora del mismo a cargo de los alumnos y la Biblioteca Municipal reparte libros a los lectores asiduos y desarrolla otro ciclo en el que se tratan temas de enjundia, tales el libro a través de los tiempos por el arqueólogo y bibliotecario Sáenz de Buruaga, y una conferencia del pintor Blanch, dedicada al estudio de Zurbarán y su pintura. Y todo esto a locales llenos, con el calor y la asistencia, no sólo de la «élite», sino de la clase media, de la masa.

No se puede tildar de «salvaje» a un pueblo que sostiene una Biblioteca Municipal—empezó hace unos tres años con 1.500 volúmenes y tiene más de 5.000—que, en una población de 30.000 habitantes, realiza más de 40.000 préstamos de libros al año. No se puede tachar de «salvaje» a un pueblo que se gasta anualmente varios miles de duros en exaltar la escuela y la cultura en actos públicos, en premios a los escolares.

Y todo esto, señores arqueólogos, señor Posac, es «amor a lo bello», a la cultura, al arte, que juntamente «con el respeto a lo antiguo—ahí está nuestra protesta («ALCANTARA» inició la campaña) sobre la destrucción oficial del Teatro Romano—siempre ha sido característica de los pueblos inteligentes». Se necesita, no hay duda, tener los ojos llenos de telarañas, aunque sean muy arqueológicas, para lanzar el epíteto de «salvaje» sobre una ciudad que así se manifiesta en el terreno de la cultura.

* * *

Desconocemos en qué círculos se movió durante los seis meses que afirma estuvo en Mérida el articulista. Sólo sabemos—nos hemos enterado ahora—de una única amistad—«malum signum»—y de que anduvo por ahí en alpargatas y en mangas de camisa, visitando a veces raramente, sin que le siguieran chicos ni grandes en la «salvaje» Mérida. Pero, si hubiese hecho un poco de vida de sociedad, si hubiera hablado con «gente», con los numerosos hombres de carrera y de cultura—incluso arqueológica, sí, sí—que hay en Mérida, hubiera conocido no sólo el respeto y el amor, sino el orgullo—orgullo que sirve a veces, de punto para «vaya» de los demás pueblos—del emeritense, del verdadero emeritense, por las reliquias, por la historia de su ciudad amada, tan cacareada como poco comprendida por los arqueólogos. Respeto y veneración fomentados por los organismos rectores de su vida y de su espíritu. Desde el Ayuntamiento—esta Corporación y las anteriores—al conservar en la rotulación de las calles—libro abierto a los ojos y a los oídos del pueblo y homenaje máximo de las ciudades a sus favorecedores—nombres del abolengo romano de Trajano, Adriano, Vespasiano, Concordia de Augusto, etc., o arqueológico como José Ramón Mérida y Maximiliano Macías y rotulando las nuevas—las de esas barriadas que pudieron construirse cuando había más comprensión—con los nombres de Publio Cariso, Marco Agripa Octavio Augusto, Deciano, Legión V, Legión X, etc.; al conceder «becas» de estudio—ya hemos dicho que al famoso II Congreso, que va a hacer época para Mérida en la historia de su calvario, asistió un arqueólogo, el señor Sáenz de Buruaga, director del Museo, con gastos pagados por el Ayuntamiento y ¿cuántos pudieron decir lo mismo?—; al exigir que figuren en los programas de las escuelas primarias—y sirve de base de exámenes—los diversos capítulos de la historia de Mérida; al organizar terminaciones de curso con visitas obligadas al Museo y a los monumentos y las explicaciones y lecciones consiguientes—por cierto que en una de ellas escuchamos a cierta persona influyente en esta materia de la arqueología, y no como lapsus sino repetidamente, la peregrina teoría de que Mérida había sido fundada por un tal *Pablo Casirio*—; al subvencionar y adquirir, en fin, cuantas publicaciones hablan de Mérida y su historia (ahora mismo está en el telar un Catecismo histórico de Mérida para las escuelas con la anuencia y, en su día, la protección de la Corporación Municipal). Desde el Ayun-

tamiento, repetimos, pasando por el Instituto de Enseñanza Media y las escuelas, a los particulares, que acompañan muchas veces—somos testigos y actores—sirviendo de cicerones voluntarios y gratuitos a forasteros, a corporaciones, a estudiantes, a muchos que visitan los monumentos romanos orgullo de la ciudad. El mismo Posac en un momento en que parece quiere ser ecuánime, contradiciéndose a sí mismo, reconoce que no se puede acusar a las autoridades de olvidar a la ciudad antigua.

¿Dónde, pues, sino en la imaginación de Posac y de su Ninfa Egeria, existe ese «complejo»—buen complejo le dé Dios—de «emeritofobia»? No negamos que Posac haya podido hablar con algún pobre hombre que vió dilapidados sus ahorros y truncada su vida de trabajo, las ilusiones de su vida, de tener casa propia o implantar un negocio, pan y bienestar de su familia, por una decisión, más o menos arbitraria del «arbitrario» de estas cuestiones, y que haya podido oír de este pobre hombre con las ilusiones rotas y el bolsillo vacío, esa frase que Posac, aviesamente, cimbalea. Pero eso no le autoriza, por muy arqueólogo que sea, a generalizar, a tomar lo particular y concreto por general y cerrar los ojos a todas las demás cosas evidentes.

¿Qué queda de ese famoso «complejo de emeritofobia»? Una afirmación gratuita de Posac, como todas las demás, según veremos.

*
* * *

Hora es ya de que entremos en el fondo del desdichado artículo. Cualquiera que lea a Posac—y, claro, viva en otras latitudes, porque si vive en Mérida o la conoce bien su carcajada se oír en los antipodas—puede creer que un buen día—«salvajes» y «vándalos»—vamos a repartirnos las dovelas del Arco de Trajano, a engullirnos el Puente o a soterrar de nuevo el Teatro y el Anfiteatro. Cualquiera que lea a Posac creará que diariamente, manejando «a ciegas la piqueta demolidora», en Mérida, heredera, como buena romana, de aquella «infinita cupiditas aedificandi», levantando constantemente—¡quién nos lo hiciera bueno!—edificios y más edificios, «con la inconsciente jactancia de un nuevo invasor bárbaro» se destrazan—«crimen impune que a diario se comete»—restos arqueológicos valiosísimos, cuya «pérdida es irreparable». Pero ¿quién le ha contado a Vd. ese cuento de miedo? En Mérida—aplazado «sine die» a puros trámites el proyecto de ensanche—no se edifica casi nada; se reforman o se transforman algunas cosas en el casco urbano y eso con todos los permisos, las intervenciones y asistencias legales y aun extralegales—incluso con buenas primas a los obreros denunciantes—y tan pronto como aparece el más pequeño resto—el articulista lo reconoce—, parón y a otra cosa. En Mérida—donde hace años no se verifica ninguna campaña de exploración, ¿estamos, amigo?—después de los grandes descubrimientos no se ha hecho, que sepamos, más hallazgo de importancia que un «peristilo», «impluvium» o cosa así, —no lo conocemos, como, estamos seguros, no lo conoce la mayoría de



ALBUM EXTREMEÑO: Custodia que se conserva en la Catedral de Coria

los asistentes al II Congreso de Arqueología—a la terminación de la calle de Aranda, en el sitio donde se iba a construir la «Casa de la Madre»—institución de importancia y necesaria ¿no es cierto?—. Y ¿qué pasó? Que la «Casa de la Madre» se desplazó a tres kilómetros de la población, a un lugar totalmente inadecuado, que la hace inoperante, y el hallazgo se aterró—de esto hace más de cuatro años—y allí permanece bajo tierra, acaso hasta que un arqueólogo—¿por qué no Posac?—tenga «arraigo» para excavar y nos regale luego con alguna hermosa monografía—Mérida se lo agradecerá—que cimente su fama. Y lo que la gente, ignara y vandálica, se pregunta: Si el hallazgo vale la pena ¿por qué no descubrirlo, protegerlo o lo que sea, y exponerlo a la contemplación admirativa de propios y extraños? Y si no tiene tanta importancia como para esto, ¿por qué no se levantó, se llevó al Museo y se construyó allí la «Casa de la Madre»? Otro hallazgo se nos quedaba en el tintero y lo hubiéramos sentido: en la calle transversal que enlaza las de Marco Agripa, Publio Carisio y Octavio Augusto—tres nombres sin desperdicio—se descubrió un mosaico. Este lo hemos visto, porque hemos «escarbado» para ello: es un mosaico de, aproximadamente, metro y medio de largo por setenta u ochenta centímetros de ancho, formando cuadros blancos y negros, como un vulgar pavimento de baldosines. Y allí está hace ya también seis o siete años: un hoyo enorme que inutiliza para todo tráfico la hermosa calle, sirve de depósito a las aguas de lluvia, a los chicos de entretenimiento y nada más. ¡Ah! y para que se estropee el mosaico, si acaso tiene algún valor... Porque de conservadores, «libera nos, domine». Ahí están los «curiosos» columbarios, «mausoleos de un tipo nuevo»—según el queridísimo y venerado en Mérida don José Ramón Mérida—con sus retratos de los Voconios que han merecido el honor de ser reproducidos a todo color en el tomo II de la magnífica Historia de España dirigida por don Ramón Menéndez Pidal. Gracias a esto las conocemos y las conocerán nuestros hijos. Dijimos ahí están; debimos decir: ahí estaban... En las afueras de Mérida, expuestas, sin ninguna, ni elementalísima, protección—y conste que en esto de la conservación no toca ningún pito ni el Ayuntamiento ni la Ciudad—a la intemperie y a otras cosas que nos callamos, ya no hay quien conozca las pinturas... ¡ni los columbarios! ¿No será éste uno de los «crímenes», base de la «condena de oprobio»—se nos ocurre pensar—del Congreso? ¿No sería esto lo que impulsó a lanzar anatemas a ese respetable señor arqueólogo portugués que se levantó el primero? Porque no muy bien enterado, o mal informado, de como funcionan nuestras cosas, no tendría nada de particular que... En fin, dejémoslo así.

Cuando oímos hablar de «consolidaciones» y de «restauraciones» se nos pone «carne de gallina». Porque tememos que cualquier día—¡Ay nuestro Teatro! ¡Dios quiera que no tengamos que decir lo mismo de los Milagros!—nos revistan el Arco de Trajano, de una sucia coraza de rasilla, viguetas y «piedras viejas, hechas con cemento nuevo», como ha sucedido en el Teatro. Y a propósito del Teatro: a nosotros tampoco nos gusta el «antiestético depósito de aguas que le

domina»; pero comprendemos que, hoy por hoy, rima perfectamente con la «camisa de fuerza» de cemento—¡el inefable poema del cemento!—con que han transformado las poéticas ruinas en «campo de Chamartín disminuído». Y esto sí que nos duele, a nosotros los que no venimos a Mérida de paso a recrearnos contemplando sus monumentos o a estudiarlos para nuestra fama, a nosotros que nacimos o vivimos en Mérida, que llevamos muy dentro el amor y la veneración a la Mérida eterna, ejecutoria de nuestro orgullo, tierra bendita de nuestros padres, esto sí que nos duele, como un trallazo en el rostro, como la impronta en carne viva de un hierro caudante: contemplar, impotentes, pese a nuestras voces—y a ciencia y paciencia de los arqueólogos—lo que «ALCANTARA» llamó «la profanación de los bárbaros de hogaño».

Pero volvamos al tono un «sí es, no es» chancero que, a propósito—los «truenos» gordos nos los queremos reservar por si hacen falta—, hemos dado a este apartado, pese a su importancia. Cualquiera que lea a Posac, y no conozca Mérida, pensará que aquí, en vez de ofrecer al forastero por las esquinas tabaco rubio o negro, le ofrecerán con voces misteriosas: «lucernas, ungüentarios, monedas romanas». ¡*Risum teneatis!* No conocemos—es la verdad—ningún charnilero de estas cosas. Pero, si existieran, ¡qué fácil sería, aquí en Mérida, donde todo el mundo se conoce, a los encargados de la defensa del patrimonio artístico atraparlos y acabar con ellos, averiguando «el huevo, la gallina y quién lo puso». ¡Digo, no nos diera Dios más trabajo! El mismo Posac, que, por lo visto, tuvo aquí un cargo arqueológico importante y que vivió en «Turismo»—creemos será el sitio indicado para ello—pudo hacerlo. ¿Por qué no lo hizo?

Como habrá visto el paciente y, suponemos, regocijado lector, «el térito panorama», nervio y médula del artículo de Posac y de la «condena de oprobio» es... un cuento de miedo, el sueño de una noche de ambición...

* * *

Luego, ¿no existe el problema? Claro que existe y pavoroso. Sólo que... Escuche, por favor:

Mérida ha triplicado su población en lo que va de siglo. Hecho incontrovertible, en lo cual no ha tenido nada que ver la arqueología. Pero si no la arqueología, sí—los romanos sabían lo que hacían—su envidiable situación topográfica, la geo-política, como se dice ahora. Y Mérida, oprimida, asfixiada, por un cinturón de hierro—Guadiana, ferrocarril, zona arqueológica—o de incompreensión, más duro todavía, no ha podido crecer en su casco, en sus edificaciones, ni siquiera en la sexta parte de su capacidad antigua. Visite Posac, cuando venga a comprobar lo que decimos de los columbarios, de los mosaicos y del Teatro calles de nombres tan evocadores como Vespasiano y adyacentes y comprobará asimismo, no en un caso sino a centenares, hechos como éste: pisos de cinco habitaciones que sirven de refugio ¡a cinco familias!, una por habitación, cocina común, ¡y en qué condiciones! y una sola habitación para todo lo de-

más, donde se cobija a veces, muchas veces, un matrimonio con varios hijos, mayores y pequeños. No sabemos si Posac pensaría como piensa de la «ingratitude de Mérida», si en lugar de haber vivido los seis meses que dice estuvo en ésta en el Parador de Turismo, magníficamente atendido y tratado, hubiese vivido en una de estas, llámémoslas «mansiones». No sabemos si los arqueólogos firmantes de la «condena de oprobio» se hubiesen producido con tal dureza si, en lugar de parar, en sus visitas más o menos rápidas, en «Turismo», hubiesen tenido que vivir en una de estas casas...

No ha mucho, «Cauce», periódico obrerista de Badajoz, decía, tratando el acuciente problema de la vivienda en Mérida, lo siguiente: «Y no nos referimos a esos casos extremos y vergonzosos—ojos del puente, barrio de las latas, chavolas de corcho—sino al dolorísimo de las numerosas familias de productores que viven hacinadas en habitaciones insalubres y en tales condiciones que rebasan los límites de las mínimas necesidades humanas. Piénsese en el problema moral de la comunidad de dormitorio entre padres e hijos, entre jóvenes y niños, entre... Piénsese en el problema higiénico y sanitario que esta promiscuidad plantea. No recargamos las tintas. Los reconocimientos del Centro Secundario de Higiene arrojan un tanto por ciento alarmante de tuberculosos en todas las edades; en la última quinta hubo treinta mozos—un 20 por ciento—inútiles totales, y aunque, acaso no sea la de la vivienda la causa principal—el problema es complejísimo, naturalmente—es innegable que es causa eficiente de importancia primordial de esta dolorosa estadística el hacinamiento de familias en viviendas lamentables».

No hace muchas noches se oyeron por Radio Mérida las voces angustiadas de los visitantes de las «Conferencias de San Vicente de Paul», en la emisión semanal de Acción Católica, tratando este mismo problema y demandando, implorando en nombre de la caridad cristiana, urgente y rápida solución.

«Triste panorama hemos recorrido». He aquí el «delito de Mérida», el «crimen impune que a diario se comete». Mérida no puede crecer en longitud: lo impiden el Guadiana, el ferrocarril, con los enormes problemas que plantean, y la zona del «noli me tangere», único sitio—los romanos sabían lo que hacían—de fácil extensión. Mérida no puede crecer en altura, porque para ello—cimentación—tiene que crecer en profundidad primero, y en seguida—lo reconoce el preopinante—«noli me tangere». Pero Mérida fué, es y tiene derecho, porque reúne condiciones de situación como ninguna otra ciudad para ello, a querer ser más, mucho más, en el futuro, como lo fué en el pasado. He aquí «la ingratitude de Mérida».

En la necesaria jerarquización de valores intelectuales y morales, la arqueología—aunque en nuestro sea, con orgullo lo decimos, un caso único—ocupa para nosotros uno de los primeros lugares, pero no creemos que para nadie—fuera, claro, de los arqueólogos—sea el primero. Nosotros, que no vivimos inmersos únicamente en el siglo I, amamos a Mérida total e íntegramente, en su pasado, en su presente, en su porvenir. He aquí «el crimen y la ingratitude de Mérida»...

¿Soluciones? Claro que las hay y esas son las que demanda Mérida, un día y otro día, a voz en grito. Existe—ya lo dice Posac—la de los arqueólogos «enragés». Simplista y rápida: un salto al otro lado del Guadiana. Magnífica solución. Para nosotros—volvamos al tono ligero—«ideal», como para Posac: que nos hicieran nuestra casita en la otra margen, un magnífico puente y, en las horas de asueto, poder venir a contemplar, meditar y filosofar.—Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves, etc.—«la Pompeya de Occidente». «Ideal», sólo que... imposible. No ha muchos días, la más alta Magistratura del Estado la calificaba de utópica. Es más, ni siquiera es solución, hoy por hoy, para la zona industrial. El puente romano resulta ya insuficiente para el tráfico. ¿Otro puente? Sí, sí; otro puente. ¿Saben los señores «enragés» cuanto cuesta otro puente? Antes que el cemento se encareciera con la restauración del Teatro Romano, cuarenta millones de pesetas; ahora, suponemos que sesenta. Vivimos en la Tierra y en España. ¡Qué lástima! No nos sirve...

La zona arqueológica de Mérida es tan extensa que—Posac lo reconoce—el presupuesto de Bellas Artes entero, durante diez, quince, treinta años, no sería excesivo, ni acaso suficiente, para la exploración, adecuación, etc. de la «Pompeya—eso quisieran—de Occidente». Y entre tanto ¿qué hacer? El problema es acuciante, ya lo hemos visto; el momento crítico. ¿Por qué los señores del Congreso—si es cierto que fué así, aunque, y lo celebraríamos, parece que no—en vez de subirse al Olimpo y lanzar condenas altisonantes e injustas contra todo un pueblo, no apoyaron la propuesta hecha reiteradamente por las Autoridades locales—«que nunca han cerrado por completo las puertas a la colaboración»—de hacer calicatas, incluso por cuenta del Ayuntamiento y por personal autorizado, dejando «zona verde» donde sea preciso y autorizando la construcción donde no haya nada o no sea de importancia y pueda recogerse en el Museo? Ese es el procedimiento seguido ahora mismo en un caso particular. Y lo que un señor—a quien habrá que levantar un monumento como precursor—pudo conseguir, ¿por qué no puede lograrlo la Ciudad? Hace unos días se ha denegado la constitución de una Comisión—solución parcial que también apunta Posac—integrada por personas competentes y de garantía para la arqueología y para la Ciudad, a fin de que pudiera decidir «in situ» y rápidamente en cada caso. ¿Por qué no apoyaron esta propuesta los señores del Congreso, a quienes nosotros respetamos y ponemos sobre nuestras cabezas por su sabiduría, pero a quienes habrá que reservar habitaciones «en determinado hotel de la Ciudad» por su carencia de visión de la realidad? ¿Donde están, Posac, la cerrilidad, la intransigencia, la barbarie, la «emeritofobia» de Mérida? Lo que hay es—reconózcalo—«mucho molimiento y mucha mala ventura», que diría Sancho y con él el sentido común.

* * *

Otros extremos del artículo en cuestión—lo de «la vida y la muerte», lo de las personas, los propietarios, las corrientes turísti-

cas con la falaz insinuación de los provechos materiales e intelectuales, como si fuéramos niños que se conforman con un caramelo, mientras les quitan el reloj que se encontraron, etc., etc.—dejamos sin contestar. No queremos echar de un golpe toda la carne en el asador. Acaso en un folleto, que tendremos mucho gusto en regalar a Posac y a los señores de la «condena», a fin de que se «enteren» a fondo, antes de actuar de dioses olímpicos, desarrollemos ideas, argumentos y pruebas que, a vuela pluma, no aducimos.

Ya creemos hay bastante para que los que hayan leído a Posac formen idea de la injusticia y de la alacridad con que procedieron los arqueólogos del famoso Congreso—repetimos que no acabamos de creerlo—en la «condena de oprobio», «anatema de salvajes» y «estigma de vándalos» que, gratuitamente, nos «colgaron».

Pero dos cosas hay que no queremos dejar en el tintero. Posac nos señala inconscientemente una, quizá causa de todo. Vea el paciente y regocijado—si no fuera trágico, sería regocijado ¿verdad?—lector este párrafo: «En casi todas partes el arqueólogo encuentra generalmente el apoyo entusiasta de una minoría, la curiosidad de los más...» ¿Les duele ahí? Ya sabemos aquello de la lengua—y la pluma—«ex abundantia cordis»... ¡Que nos perdonen! No creíamos que fueran—¡si no les conocemos!—seres distintos de las innúmeras personalidades de alto copete—muchas no miran siquiera para los monumentos—que continuamente pasan por Mérida, al ir de norte a sur, o al revés. ¡Salvajes que somos! ¡Manes de don José Ramón Mérida y don Maximiliano Macías!

La otra es el noble deseo—desgraciadamente mal servido—de Posac de promover un arbitraje (algún amigo maldiciente dice que el artículo es un primer ejercicio de oposición, sólo que ha empezado insultando al Tribunal...) Nosotros apreciamos este noble deseo y estaríamos encantados con estrechar la mano de Posac, de todos los arqueólogos habidos y por haber, no a través de ese «amplio foso» que, según él nos separa, sino «vis a vis», junto a nosotros, cuando, dando de lado informaciones unilaterales y falsas, comprendan, compartan y ayuden a resolver por vías normales, sin insultos, sin dicerios, el pavoroso problema de Mérida...

* * *

¿Mérida contra Emérita Augusta? No, por Dios. Nosotros quisiéramos también, y por ello hacemos votos a Dios con toda el alma, que el III Congreso de Arqueología, el IV, el que fuera, pudiera contemplar una Mérida grande, próspera, relicario del arte y de la arqueología, con los monumentos actuales—son nuestro orgullo—y muchísimos más, cuidados, conservados amorosamente y no desfigurados; con un Museo magnífico, bien instalado, donde pudieran exhibirse no las 5.000 piezas guardadas hoy en cajones—entérese como formaron el Museo, como acopiaron esta riqueza sin par, don José Ramón y don Maximiliano—sino diez mil, veinte mil, para recreo y provecho de los estudiosos; una Mérida sin taras, sin doloro-

sas teorías de tuberculosos y raquíticos; una Mérida como la «Augusta Emérita» de nuestros amores, que mereció se dijera de ella lo que Ronrigo Caro recogió de boca del pueblo:

«Mérida, que en otro tiempo
fuiste, en España, Roma»

Eso, sí; Pompeya—osario—no. Eso, sí, amigo—¿nos permite?—
Posac:

Roma, Roma, Roma.

Firman: Santos Díaz Santillana; Félix Valverde Grimaldi; Luis Matute, Presidente del Círculo Emeritense; Pedro Piquero, médico; Andrés Valverde, Director del Hospital Municipal; Demetrio Grande, médico; Alfredo García de Vinuesa, Director del Hospital Psiquiátrico y Presidente de Acción Católica; Angel Pacheco, Presidente del Liceo de Mérida.

UNA ANTOLOGIA DE POETAS CACEREÑOS DEL SIGLO XX

Ha surgido, en la tertulia literaria que lleva el nombre de esta Revista, la idea de editar una antología en la que se recoja el movimiento poético de Cáceres y su provincia. Podrán, así, salvarse del olvido muchos estimables poetas que, por no disponer de medios difusores de su obra, o que, a lo sumo, la dan a conocer en periódicos, revistas o guías de festejos de escasa vida, iban a ser desconocidos para las futuras generaciones.

En este volumen que se proyecta podrán figurar todos aquellos que, haciendo—o habiendo hecho, si ya fallecieron, en cuyo caso este ruego va para sus deudos—una meritoria labor, quisieran enviar varias composiciones, juntamente con unas líneas de nota biográfica

Se ha previsto el caso de poetas que, residiendo en la capital o su provincia, no hayan nacido en ellas, para lo que se incluirá un apéndice.

Los originales pueden enviarse bien a la dirección de esta Revista o a don Valeriano Gutiérrez Macías, General Margallo, 96, Cáceres, y encarecemos la mayor premura en su envío, para abreviar en lo posible los trabajos de selección.

SONETO

Pena ha de ser mi amor. Pena y semilla
en esa arquitectura serenada
de tu boca y tu piel apasionada.
Apasionada y dulce tu mejilla.

Pena ha de ser mi amor. Fruta amarilla,
olorosa de amor, resquebrajada,
ahita de la lluvia entrelazada
que baña su epicardio y su semilla.

Oloroso sabor, mi boca sabe,
mi corazón, su cifra y su condena
y mi voz, su delirio enamorado.

Y no será otra cosa, hasta que acabe,
mi vida sino clor, semilla y pena
en tu tierra de amor apisonado.

JUAN ANTONIO CASTRO